

CESEDEN

LA INSTITUCION MILITAR Y SU SISTEMA DE VALORES

- Por Etienne SCHWEISGUTH.
- De la revista francesa de Sociología
Julio-Septiembre 1978 - XIX-3.
- Traducido por el Capitán de O.M. del
Aire D. Marino GONZALEZ PASCUAL.



Marzo, 1979

BOLETIN DE INFORMACION NUM. 125-VI

Las características del sistema de valores de la Institución Militar hacen del Ejército una Institución fuera de lo común, que no puede compararse desde este punto de vista con las otras grandes organizaciones burocráticas. Sin embargo, la sociología militar muy pocas veces ha abordado de frente este problema: la referencia a los valores de la Institución se ve implícita muchas veces y se le han dedicado pocos estudios sistemáticos. El objeto de este estudio es el de señalar, a la luz de los trabajos llevados a cabo en este campo, la manera de plantear el problema y los elementos de respuesta que pueden ser aportados. Se tratará, pues, a la vez de un estudio crítico de las problemáticas explícitas o implícitas, propuestas por la sociología militar, y de la presentación de toda una serie de proposiciones, a nuestro parecer, previas, para el estudio de este sistema de valores. Salvo excepción, nos limitaremos a los ejércitos de los países occidentales, con objeto de no tener que considerar más que a países con nivel político y estructura social comparables.

La manera como la sociología militar capta el sistema de valores militares está impuesta ampliamente por los debates ideológicos de que es objeto el ejército. En las democracias occidentales el ejército es oficialmente neutral: le está prohibida cualquier actividad política y su subordinación al gobierno civil está confirmada de forma absoluta. La participación individual de los militares en la vida política se enfrenta a toda una serie de restricciones. Ahora bien, las misiones que se confían al ejército no pueden ser neutrales: implican, necesariamente, alternativas políticas. Si el ejército es un instrumento del poder político, puede ser también un elemento capital en la lucha por este mismo poder. El ejemplo del ejército francés con ocasión de la guerra de Argelia nos muestra que incluso en las democracias occidentales no se puede hacer abstracción de la potencia conferida por la tenencia de las ar-

mas. En particular, el ejército es susceptible también de ser empleado en funciones de mantenimiento del orden, es decir, en casos extremos, a la defensa de un régimen político y de un orden social dados.

Asimismo, ha de hacer frente a la crítica de constituir una fuerza social conservadora. De hecho, salvo excepciones, todas las encuestas empíricas demuestran que los Oficiales son uno de los grupos sociales en donde son más frecuentes las opiniones políticas conservadoras. La más interesante de estas encuestas, es sin duda, la dirigida por Abrahamsson cerca de los militares suecos. En 1962, cuando los socialdemócratas estaban sólidamente instalados en el poder, el 85% de los Oficiales se declararon partidarios del partido conservador, el cual no consiguió más que el 15% de los votos del electorado, correspondiendo el 46% de éstos a la categoría industrial y cuadros superiores. Este resultado es tanto más significativo cuanto que no se puede suponer en este caso que los Oficiales se creyeran obligados a declarar opiniones políticas de conformidad con las del poder. Lo mismo ocurrió en la República Federal Alemana en 1960, el 75% de los Oficiales se declararon favorables a la coalición democrata-cristiana, que no consiguió más que el 34% de los sufragios del total del electorado (1). En los Estados Unidos, en 1960, los Oficiales invitados a elegir entre el conservadurismo y el liberalismo, el 68% de ellos se inclinaron por el campo conservador (2). En Francia, un sondeo pre-electoral efectuado por el I.F.O.P. en 1973, demostró que sólo el 6% de los Oficiales tenían intención de votar en las elecciones legislativas por un partido de izquierdas (3).

(1) B. ABRAHAMSSON, Military professionalization and political power, Beverly Hills, London, Sage Publication 1972.

Hay que señalar que entre los Suboficiales suecos se acusa menos la orientación conservadora. Los que ocupan los grados más bajos la distribución de opiniones políticas es similar a la del conjunto del electorado. En cambio, no se observa diferencia entre las opiniones políticas de los Oficiales y Suboficiales alemanes.

(2) M. Janowitz, The professional Soldier, Glencoe, The Free Press, 1960.

(3) Sondages, número 1, 1973.

¿Cómo resolver la contradicción existente en concebir al ejército a la vez como neutral y conservador...? Las soluciones adoptadas por los diferentes autores son otras tantas tentativas de fusión de dos temas antagónicos. Por un lado, se reconoce el conservadurismo militar y se le justifica por el carácter de la Institución y por las necesidades de su misión de defensa nacional. Por otro, se niega el conservadurismo y se trata de demostrar que los problemas del ejército son de la misma naturaleza que los de las instituciones civiles. Examinaremos cuatro ejemplos particularmente representativos de las soluciones deducidas por la sociología militar e intentaremos después formular un sistema de hipótesis.

1.- RECONOCIMIENTO Y NEGACION DEL CONSERVADURISMO MILITAR.

1.- Una solución esencialista

En 1957, Huntington propuso una teoría de las relaciones entre la sociedad civil y la Institución militar que constituyó una réplica a las acusaciones de que era objeto el ejército por parte de la izquierda intelectual americana (4). El año anterior apareció el "The power elite", (el poder de la élite) en donde Mills denunciaba la colusión entre los jefes militares y los dirigentes del mundo de la industria y de los negocios (5). La noción de complejo militar-industrial, que hizo célebre en 1960 un discurso del presidente Eisenhower, comienza a extenderse. Algunos temen una militarización creciente de la sociedad y el advenimiento de un "Estado-cuartel" (garrison state) (6). El objetivo de Huntington es el de señalar cuáles son las condiciones necesarias para la existencia de un ejército a la vez eficaz y sometido al poder civil. A este fin, distingue dos modos diferentes de control del ejército. En el caso del "control civil subjetivo" la sociedad recela del ejército e incorpora a la

-
- (4) S. Huntington, The soldier and the state. Cambridge, Harvard University Press.
 - (5) C. Wright Mills, The power elite. New York. Oxford University Press. (1957).
 - (6) Cf. Lasswell, National security and individual freedom. New York, Mc Graw-Hill. (1950)

fuerza los valores liberales dentro de la Institución militar. De esta forma se asegura la obediencia del ejército, pero los valores liberales comprometen su eficacia. En el caso del "control civil objetivo" en cambio, el ejército es un instrumento eficaz y políticamente neutral, pues la sociedad reconoce plenamente el "profesionalismo" militar. El concepto de profesión, en el sentido que la sociología anglosajona da a este término es la base de la teoría de Huntington. Recordemos que una profesión puede definirse por las características siguientes:

- 1) el monopolio de un cuerpo generalizado y sistemático de conocimientos,
- 2) una forma de control interna,
- 3) una ética definiendo las normas y los valores del grupo (7).

El argumento de Huntington descansa esencialmente sobre el tercer criterio. El Oficial moderno es un profesional porque "persigue un ideal elevado al servicio de la sociedad" (8). Asimismo el Oficial profesional es obediente y respetuoso con respecto a la Autoridad del Estado. En sus relaciones con su "cliente", el estado se limita a formular pareceres fundados en su competencia de experto en organización de la violencia y no trataría en ningún caso de imponer decisiones que pudieran tener implicaciones que rebasasen el campo estrictamente definido de la competencia militar. Consagrado a la defensa del Estado y de la nación, el Oficial es política y filosóficamente neutral.

Esta neutralidad no es de ninguna manera incompatible, según Huntington, con la existencia de una profunda afinidad entre la ética militar y la ideología conservadora. Una y otra consideran que la violencia y el conflicto forman parte de la naturaleza del hombre, reconocen el papel de las relaciones de fuerza, aceptan las instituciones existentes y dan prueba de un pesimismo realista. Las otras tres ideologías elegidas por Huntington son contrarias a la ética militar: el liberalismo,

(7) Un estudio más detallado del concepto de profesión se puede encontrar en la sociología anglo-sajona J.M. Chapulie, "Sobre el análisis sociológico de los grupos profesionales" Revue française de sociologie, 14 (1) Enero-Marzo 73.

(8) S. Huntington.

a causa de su optimismo e individualismo; el marxismo, porque no concibe la violencia más que entre clases sociales; el fascismo, en fin, porque valoriza la violencia y la potencia, mientras que la ética militar no hace otra cosa que reconocer su necesidad. La condición del completo desarrollo del profesionalismo militar y por consecuencia el predominio de una ideología conservadora en la sociedad civil.

El argumento de Huntington padece de un vicio de método fundamental, tanto en su definición del profesionalismo militar como en su análisis de la ética (o del espíritu militar). Según él, la observación de los valores o de las actividades compartidas por los militares es un método arbitrario y subjetivo, ya que nada permite afirmar que éstas son de esencia militar. El criterio que permite afirmar que un valor o una actitud es militar, es el hecho de que esté necesariamente implicada por la profesión militar. Además, la descripción que hace Huntington de la ética militar es el resultado de una tentativa de pura deducción lógica - fundada sobre las características de la función militar. Según sus propios términos, la ética militar no depende ni de la época ni del lugar - (non dated and non localized), a imagen de la profesión militar de la que es la "expresión intelectual". Simples cambios en las técnicas militares no podrían modificarla, como tampoco "el descubrimiento de la penicilina ha modificado la ética médica". Habiendo así autonomizado por decisión de método la ética militar, Huntington advierte en segundo término que ésta presenta una gran homología con la ideología conservadora. Esta manera de proceder le permite considerar los valores militares como no ideológicos y de justificar al mismo tiempo el conservadurismo ideológico de los militares, ya que éste es necesario para la eficacia de la Institución. Asimismo le permite rechazar como no correspondientes al modelo del profesionalismo los casos donde una ideología política penetra en la Institución militar.

Huntington considera las nociones de profesión y de ética militar como tipos ideales. Pero definir una esencia profesional del Oficial y afirmar que éste obra de acuerdo con dicha esencia, salvo a no ser ya un profesional, es de poca utilidad para quien desea dar cuenta de las relaciones efectivamente observadas entre el Ejército y el Estado. El Oficial profesional que describe Huntington no es un tipo ideal, es decir, un instrumento intelectual de investigación de la realidad social, sino más bien una imagen idealizada del Oficial americano a una de las cuales son imaginadas los cuerpos de Oficiales de las otras naciones.

Huntington es uno de los autores más citados en los textos de sociología militar. Si sus sucesores no se han adherido a todas sus demostraciones, en las que lo primordial es demasiado visible, han cogido para sí muchos de sus análisis y conceptos. El concepto de profesión militar, en particular, ha adquirido estado de referencia obligada. Pero este éxito ha sido pagado al precio de una considerable pluralidad de significados. El profesionalismo militar puede encubrir significaciones totalmente diferentes. En ciertos casos, designará las reglas éticas que los militares se presupone han de obedecer. Nos explicaremos, por ejemplo, las matanzas de poblaciones civiles en el Viet-Nam por la falta de profesionalismo de los Oficiales americanos. Está claro que en este caso no se hace otra cosa que cubrir un juicio moral con un vocabulario sociológico. En otros, el profesionalismo se reduce a su sentido más trivial: no se trata entonces más que de oponer el militar de carrera al aficionado, al novato o al reservista. Estos diferentes ejemplos no serían criticables si la referencia a un término usual no permitiese a menudo justificar deslizamientos de sentidos no explícitos. Nos limitaremos aquí a preguntarnos sobre la función que cumple la problemática profesional en relación con el análisis del sistema de valores militares. Podemos pensar que aprehender los valores militares como valores profesionales, es denegarles un carácter excepcional: los militares tienen un sistema de valores con el mismo título que cualquier otro grupo profesional. Es también favorecer una "autonomización" del campo de estudio permitiendo relacionar el sistema de valores con la sola lógica interna de la profesión militar.

2.- Una solución sicologista

Tomemos ahora el ejemplo de un autor que reconoce plenamente la importancia de la ideología conservadora en los Oficiales Abrahamsson parte de un análisis del conservadurismo comparable al de Huntington. Para ello se apoya en los trabajos de McClosky, el cual como Huntington se inspira en la obra de Burke. Según este análisis, el conservadurismo se caracteriza por una concepción pesimista del hombre. Este, es egoísta, débil, irracional. La violencia está inscrita de manera permanente en su naturaleza biológica y psicológica. Únicamente las instituciones fuertes son capaces de controlarla y de oponerse al desarrollo de la anarquía. La propiedad privada, la familia, la religión, así como un orden social fundado sobre el principio de autoridad son condiciones para la estabilidad social. Esta condición pesimista del hombre, señala Abrahamsson, coincide con la creencia en la inestabilidad del con-

flicto que caracteriza al espíritu militar, tal como Huntington lo describe. Llega a esta conclusión de acuerdo con un cierto número de resultados procedentes de encuestas por medio de cuestionarios. Un estudio de Rosenberg ha señalado que existía una correlación entre una escasa confianza en el pueblo y la creencia en la imposibilidad de eliminar la guerra. Las propias encuestas de Abrahamsson acerca de los militares suecos demuestran que el alarmismo, es decir, la creencia en la probabilidad de un conflicto armado en un próximo futuro, es tanto mayor cuanto más elevado es el grado. Una encuesta de Korpi entre los Suboficiales suecos ha demostrado que el proyecto de convertirse en Oficial era el más frecuente entre los más autoritarios de ellos. Teniendo como base el conjunto de estos análisis y resultados Abrahamsson propone una explicación del conservadurismo de los militares: "Los militares son conservadores, en parte porque las actitudes y los valores que forman parte del síndrome conservador facilitan la adaptación a la función profesional. A la inversa, una elevada confianza en la razón humana, la creencia de que el hombre es capaz de eliminar la guerra, y una visión "optimista" de las relaciones internacionales tienden a ser incompatibles con el cumplimiento de los deberes profesionales.

La aparente evidencia de la conclusión de Abrahamsson disimula mal, a nuestro parecer, la insuficiencia y la imprecisión de su análisis sobre la relación entre el conservadurismo y la Institución militar. El primer reproche que puede hacerse a su tesis es el del etnocentrismo. Admitiremos, en el marco de esta discusión, el punto de partida de su demostración, a saber, la tesis según la cual el conservadurismo descansa en una visión de deseo de cambiar la naturaleza. Señalaremos, sin embargo, que la generalización de este análisis del conservadurismo en países donde el campo ideológico está estructurado de distinta manera que en los países industriales occidentales (por ejemplo, los países socialistas o algunos en vías de desarrollo) plantea ciertas dificultades. Pero sobre todo, se objetará que la aceptación del recurso a la violencia, no implica de ninguna manera la adhesión a una ideología conservadora.

El marxismo-leninismo o el anti-imperialismo, por no citar más que estos dos ejemplos, son al menos igualmente aptos para proporcionar una justificación al empleo de la violencia. El argumento de Abrahamsson se reduce finalmente a que en los países occidentales los militares conservadores encuentran en su visión pesimista del mundo toda una serie de razones para creer en la utilidad de su función. En cambio, no nos podemos dar cuenta del conservadurismo partiendo de la sola estima

ción de la misión del ejercicio de la violencia atribuida al ejército. Intentar, como ha hecho Abrahamsson explicar las alternativas ideológicas de los militares en los países occidentales, por las únicas características de la institución militar, es hacer abstracción de las condiciones políticas que distinguen a estos países e ignorar de preguntarse en qué términos se plantea el problema en los países donde las condiciones políticas son diferentes. En una ocasión, sin embargo, Abrahamsson toma en consideración a los países del Tercer Mundo. Señala que en algunos países los militares han tenido una acción política progresista. Señala igualmente que su conservadurismo depende de su nacionalismo y no a la inversa. En efecto, añadiremos nosotros, si en los países occidentales el nacionalismo es una regla general asociada a una ideología progresista. Es curioso comprobar que en Abrahamsson esta observación, no es más que un paréntesis en modo alguno enlazado con el resto de su reflexión, mientras que efectivamente parece que el nacionalismo debe constituir el punto de partida del estudio de las alternativas ideológicas de los militares, entendiéndose que su colaboración política depende estrechamente del contexto histórico nacional.

La segunda crítica que formularemos en contra de la demostración de Abrahamsson es la de no hacer distinción entre el nivel de la personalidad individual, el del sistema de valores de la institución militar y el de la ideología política. Así es como éste reúne bajo el término de "síndrome conservador" la visión pesimista del hombre, el alarmismo y el autoritarismo, actitudes que relaciona entre sí por un razonamiento en forma de cadena de equivalencias. Estas tres mismas actitudes, a las que se añaden el nacionalismo y el conservadurismo, son por otra parte descritas como los elementos constituyentes del espíritu militar. De esto resulta una ambigüedad constante en los análisis de Abrahamsson. Por ejemplo ¿cómo ha de comprenderse la noción de alarmismo, a la que él concede una importancia particular...? ¿Se trata solamente de un síntoma del síndrome conservador, o bien no puede igualmente suponer que si el alarmismo es lo más frecuente entre los oficiales de grado elevado, es, por lo menos para algunos, porque la detención de un puesto de dirección y de responsabilidad desarrolla en el que lo ocupa la necesidad de creer en su función...? Abrahamsson no menciona esta hipótesis, como tampoco plantea la cuestión general de saber si las actitudes de los militares son el resultado del hecho de que la profesión militar es elegida por sujetos ya conservadores antes de entrar en el ejército, o si éstas lo son, al menos para una parte, de la adaptación de los militares a su función. Parece considerar que cuando las perso-

nas interrogadas por medio de un cuestionario facilitan la misma respuesta a una cuestión, éstos manifiestan todos una actitud de la misma naturaleza, sean cuales fueren los factores determinantes de su respuesta.

Hemos visto como Huntington hacía del espíritu militar y de la ideología conservadora dos entidades radicalmente distintas aunque perfectamente homogéneas, lo que le permitía afirmar a la vez la neutralidad de los valores militares y la necesidad del conservadurismo militar. En cuanto a Abrahamson, éste fusiona el espíritu militar y el conservadurismo en una sola entidad de naturaleza sico-sociológica. Para este autor, de temperamento liberal, el conservadurismo de los militares es un mal necesario para la eficacia del ejército.

3.- Una solución funcionalista

La aproximación de Janowitz es de inspiración funcionalista. Señalemos, para ser más precisos, que el autor de estas líneas no es hostil por principio al análisis funcional, pero que el empleo que de este análisis hace Janowitz da pie a las críticas que han valido al funcionalismo su mala reputación. En el título de su obra más importante "The professional soldier" (El militar profesional) aparecida en 1960, Janowitz vuelve a repetir el concepto de profesión, núcleo de la construcción teórica propuesto tres años antes por Huntington en "The soldier and the state" (El militar y el estado). Pero en realidad, no lo emplea más que de una manera ocasional que no corresponde a ninguna sistematización. Su objetivo es señalar como el ejército se ha adaptado, o ha de adaptarse, a las nuevas condiciones en las que está colocado. Dos innovaciones le parecen fundamentales: por un lado, la importancia creciente de la técnica en los ejércitos modernos, por otro, la transformación de las relaciones internacionales, en lo sucesivo colocadas bajo el signo de la disuasión.

Los progresos de la tecnología han transformado al ejército en una gran empresa industrial y burocrática. Numerosos cometidos son ya de orden técnico y exigen una capacitación de ingeniero o de especialista. La frontera entre la competencia militar y la civil desaparece. Algunos militares pueden ser considerados como civiles en uniforme (9).

(9) Recíprocamente, la parte de las funciones puramente militares ha disminuído enormemente. Para el ejército de tierra americano, Ja

El estilo de autoridad ha cambiado. La función del jefe es la de planificar y coordinar más que de mandar. La complejidad de cometidos impide la antigua manera de mandar y exige dejar a los escalones inferiores un margen de iniciativa más amplio. Se ha pasado de la dominación autoritaria a la dirección por la persuasión y la experiencia. El modelo de organización del ejército moderno se ha hecho similar al de una empresa civil. No obstante, el ejército sigue estando destinado para el combate y no puede, escribe Janowitz, adoptar una "filosofía puramente empresarial". El mantenimiento de un espíritu marcial es imprescindible. El que los Estados Unidos tuvieran buenos jefes militares durante la Segunda Guerra Mundial, se debió al sentido del honor, base del misticismo militar. Para Janowitz, que en esto no hace más que seguir el razonamiento de la institución militar, los valores militares son una necesidad funcional. Realmente, no hay razón para creer que la institución militar, con sus objetivos de combate, podría ser eficaz, sin un sentido de la solidaridad arraigado en la tradición y el sentimiento. (10)

Según Janowitz, las nuevas características de las relaciones internacionales modifican la función asignada al ejército. En la situación de ni guerra ni paz y de rivalidad entre las grandes potencias, ya no se trata de vencer al adversario sino de adaptar el empleo de la violencia, o la amenaza de su empleo, a los objetivos políticos perseguidos. El ejército debe transformarse en una Fuerza de Policía, una especie de guardia del orden público internacional, haciendo de la fuerza el uso más moderado posible. En esta perspectiva, la competencia militar no está restrictivamente definida al sólo campo del empleo de la violencia. Al contrario, el militar debe ser muy sensible a las consideraciones políticas (11).

(9)..... nowitz estima que ha pasado del 93% en el momento de la guerra de Secesión al 29% durante la de Corea. Moskos considera que la distribución de las fuerzas americanas presentes en el Viet-Nam se establecía de la siguiente manera: 14% de combatientes, 14% de personal auxiliar en las unidades de combate y el 70% aproximadamente de no combatientes. Con relación al conjunto del personal militar americano, solamente el 2% ha tenido una experiencia personal directa del combate (Moskos, The American ebkusted man, New York, Russell Sage Fundation, 1970).

(10) M. JANOWITZ

Por lo que respecta al conservadurismo político de los Oficiales, Janowitz confirma empíricamente la existencia, pero no da ninguna explicación de este fenómeno que parece considerar como por ya sabido. Y sobre todo, este conservadurismo está desprovisto según él, de todo contenido ideológico. Este consistiría principalmente en una desconfianza hacia las instituciones políticas. Los militares se imaginan que los políticos están sometidos a la presión de intereses contradictorios y que, por ello, se olvidan del interés nacional. El ejército, gracias a su independencia, está en mejores condiciones para apreciar los intereses vitales de la nación. Aquí se identifica la retórica del apolitismo. Janowitz la interpreta como una banal reacción corporativa: "Realmente, en nuestros días, el conservadurismo militar revela una postura crítica hacia las instituciones, tal como se podría esperar de cualquier grupo profesional. Una tal concepción del conservadurismo no permite, a nuestro parecer, dar cuenta de las preferencias políticas de los militares. Su apolitismo no puede asociarse a opciones políticas conservadoras más que por el hecho de ser un razonamiento justificador de una ideología conservadora que no se reduce a una simple deformación profesional.

Janowitz ofrece así del ejército una descripción encaminada a la paz pública. A esos que reprocharían al ejército su rigidez, hay que hacerles saber que en la actualidad es administrado y dirigido al estilo de una empresa civil. A los que se inquietan de un exceso de liberalismo, les concede de buen grado que el mantenimiento de ciertos valores tradicionales es necesario. Ahora bien, el autoritarismo, el elitismo o el belicismo, si los encontramos todavía en algunos oficiales, son reminiscencias de un pasado llamado a desaparecer. Resumiendo, los valores militares se adaptan a las exigencias de un ejército moderno, o incluso se derivan exclusivamente de estas exigencias. Más que de funcionalista sería de teológica como habría de calificarse la perspectiva de Janowitz, tanta es su inclinación en presentar al ejército como un ser racional determinando con todo conocimiento los medios necesarios para la

- (11) En esto, Janowitz se opone a Huntington. No teme que esta politización de los militares sea peligrosa para la democracia. Para sostener este punto de vista ha recurrido a un argumento que no desaprobaría Huntington: "El Oficial policía cumple sus deberes (. . .) porque es un profesional con un sentido de propia estimación y valor moral".

realización de sus objetivos. Además, en ciertos casos, particularmente en el del constabulary concept, (concepto policial) es difícil saber si Janowitz discierne una evolución del ejército o si propone un modelo al que éste debe acomodarse. En realidad, la obra de Janowitz es de gran valor, en particular por la riqueza de su información y por la calidad de algunos de sus análisis, incluso aunque sintamos que estos últimos están a veces yuxtapuestos sin gran preocupación de coherencia teórica.

4.- Dos explicaciones clásicas: la tradición y la socialización

Explicar que los valores militares se transmiten por la tradición y que los militares están socializados por su institución de pertenencia implica ciertamente una parte de verdad. Pero es también un medio de considerar el sistema de valores militares como un elemento sobre el cual no ha de caber dudas.

Es muy cierto que estos valores se heredan del pasado, incluso si se han modificado, pero hay que saber si su permanencia se refiere solamente al peso de la tradición o si no se refiere también a las funciones que estos valores siguen ejerciendo. Este es el problema que plantea Van Doorn, quien ha tratado de articular el análisis de la tradición y el de la ideología militar: "La jerarquía, la disciplina y la centralización son las piedras angulares de la organización militar, y en consecuencia representan conceptos claves de la ideología corporativa. La deformación ideológica se hace visible cuando estos valores se convierten en vehículos del ritualismo y del simbolismo. La defensa muchas veces vehemente de costumbres arcaicas parece reflejar las bases ideológicas justificando una estructura de organización que ha perdido una parte de su razón de ser (12). Esta citación ilustra las ambigüedades asociadas de la referencia de la tradición. Se comprende que el apego de los militares a sus costumbres es la manifestación de un simple fenómeno de resistencia al cambio. Familiarizados por el hábito a un tipo de organización, los militares rechazarían el cambiarla y se justificarían de ello de manera ideológica en nombre de sus sistema de valores. Van Doorn, define por otra parte la ideología como un medio de defensa de las ventajas conseguidas por el statu quo. Puede comprender también, que los militares se opongan a los cambios porque las nuevas formas de

(12) J. VAN DOORN. "Ideology and the military" in J. VAN DOORN (ed) On military ideology. Rott, Rotterdam Press University, 1971.

organización serían contradictorias con la ideología a la que están apegados. En esta perspectiva, la ideología no tiene solamente como función el justificar un estado de facto. Corresponde de parte de los individuos a una "necesidad de racionalización y de justificación al sentido psicológico". Esta es la que da su sentido a la función social que los militares han decidido elegir. La segunda interpretación nos parece la más procedente. Parece como si Van Doorn hubiese querido dejar abierta la posibilidad de comprender que la "deformación ideológica de los valores militares" respondía a una simple resistencia al cambio, resistencia por definición superable.

El tema de la socialización del individuo por su institución de pertenencia se extiende a través del conjunto de la sociología militar. La hipótesis inversa se le enfrenta con frecuencia: si los militares profesionales se adhieren a los valores militares, es porque ya estaban dispuestos a ello incluso antes de su ingreso en el ejército. El debate clásico oponiendo la hipótesis de la socialización a la de autoselección encuentra en el estudio del ejército un terreno escogido (13). El intento de aceptar como válida empíricamente la hipótesis de socialización plantea importantes dificultades metodológicas. El único método riguroso es el de la encuesta por paneles. Ahora bien, que nosotros sepamos, no han sido realizadas más que dos encuestas de este tipo.

La primera en 1953 cerca de los cadetes del Ejército del Aire americano (14). En el momento de su ingreso en la Air University les fue facilitado un cuestionario comprendiendo especialmente la escala F de Adorno y un año después otro. Por hipótesis la permanencia en una institución fundada sobre el principio de autoridad debía incrementar el autoritarismo. Pero el único resultado estadísticamente significativo fue una disminución de éste, medido por la escala F. El artículo dando cuenta de la encuesta no oculta la sorpresa ni el embarazo de los autores: éstos se declararon incapaces de explicar el fenómeno observado. Por ejemplo, la hipótesis de un hiper-conformismo inicial que disminuiría más tarde no constituye una explicación coherente con el conjunto de los resul

(13) La sociología militar rechaza en cambio plantear el problema en estos términos con relación al conservadurismo de los militares.

(14) D. CAMPBELL y T. McCORMACK, "Military experience and attitudes toward authority" American Journal of Sociology, 62, 1957.

tados observados. El resultado principal de esta encuesta, la baja del autoritarismo, ha sido después comentado con menos prudencia. Janowitz y Abrahamsson, lo utilizan para apoyar su tesis según la cual un ejército es tanto más liberal cuanto más se acerca en su técnica y organización al modelo de una empresa civil. Se les puede objetar que se trata de variaciones de actitudes individuales en el tiempo y no de una diferencia de actitud según el ejército considerado. Ver en ésto una prueba de la particularidad del ejército del aire, es presuponer que en los otros dos ejércitos no se daría el mismo resultado. Es el seguir creyendo en la capacidad del ejército para transformar las personalidades a pesar del mentis aportado por la experiencia.

La segunda encuesta por paneles se realizó de 1966 a 1968 entre los soldados de la Bundeswehr, durante su servicio militar (15). El instrumento de medida utilizado fue la escala de dogmatismo de Ro--keach (16), por haberse juzgado la de F como demasiado dependiente de su contexto histórico y nacional de origen. Aquí también el resultado observado fue una disminución del autoritarismo. Parecería que esta disminución estaba limitada por el período de pertenencia al ejército, y que el autoritarismo retrocedería a su nivel inicial una vez acabado el servicio militar. La interpretación de los autores recoge el concepto de frustración relativa. El servicio militar es un período en el que el individuo sufre una limitación de su libertad. La repulsa del autoritarismo es para él un medio de protesta contra esta situación. Podemos preguntarnos si una tal interpretación es igualmente aplicable en el caso de los cadetes del ejército del aire americano. Pareciendo difícil tal transposición, no hay más remedio que admitir que el problema no está todavía resuelto y que el debate sigue en pie: dos experimentos dan el mismo resultado, por lo cual no se dispone de una explicación satisfactoria.

(15) K. ROGHMANN y W. SODEUR, "The impact of military service on authoritarian attitudes: evidence from West Germany" *American of Sociology*, 78, 1978.

(16) M. ROKEAC, "The open and closed mind" New York, Basic Books 1960.

La creencia en la omnipotencia de la institución militar sobre sus miembros, persiste sin embargo. Así es como se ha podido escribir a propósito de las escuelas de enseñanza general y técnicas destinadas a los futuros suboficiales que por ellas "el ejército atrae a jóvenes que ven en esta institución una última oportunidad, funcionando así como una institución benéfica" (17). Ahora bien, la encuesta efectuada por nosotros cerca de los suboficiales del ejército del aire demuestra precisamente lo contrario. Los suboficiales que pasan por estas escuelas, en las que se ingresa por concurso a la edad de 16 años y en las que se siguen dos años de escolaridad antes de matricularse, son los que menos se adhieren a los valores militares, y son los primeros en dejar el ejército después de haber cumplido algunos años de servicio. Realmente estos jóvenes tienen un nivel escolar relativamente elevado y obtienen en el ejército un alto grado de cualificación técnica. Para ellos, el ejército es un medio y una etapa de su carrera profesional. La formación militar a la que han sido sometidos en una edad que se supone maleable no surte efecto sobre sus actitudes, que dependen, ante todo, de su estrategia profesional (18).

El autor que acabamos de citar, tenía como objetivo denunciar "la inculcación del hábito militar". En un estudio realizado sobre el auto-reclutamiento de los oficiales franceses, el recurso a la explicación por la socialización sirve por el contrario para poner en tela de juicio - que el aumento del auto-reclutamiento expresa una separación ideológica entre el ejército y la sociedad (19). Según Martín, en efecto, el auto-re-

-
- (17) L. PINTO, "El ejército, el contingente y las clases sociales" *Actas de la Investigación*, 3, 1975.
- (18) E. SCHWISGUTH y F. SUBILEAU, "Actitudes hacia el ejército en los suboficiales de la Marina y del Ejército del Aire". Informe en el Congreso Mundial de sociología, Toronto 1974. En Marina donde los antiguos alumnos de estas escuelas tienen un nivel escolar medio, éstos no se manifiestan tampoco por una adhesión particularmente frecuente a los valores militares; al igual que en el ejército del aire americano, esto es debido a su nivel escolar medio.
- (19) M. MARTIN. "Un caso de endo-reclutamiento: el cuerpo de oficiales franceses 1945-1975" *Archivos europeos de sociología*, XVII, I, 77.

clutamiento se debe en gran parte al hecho de que numerosos oficiales , hijos de militares han sido el camino de las escuelas preparatorias (la Academia militar preparatoria de La Flecha es la más conocida). En estas escuelas los jóvenes se ven sometidos a un condicionamiento muy poderoso que les lleva a elegir la carrera militar. Además de ser erróneo lo que dice sobre el estatuto de estas escuelas (20), nos extraña que Martín no haya considerado una hipótesis alternativa: la elección de una escuela preparatoria traduciría el deseo del padre de ver a su hijo seguir la carrera militar; la socialización sería así la obra de la familia antes de ser la del ejército.

Consideramos que el pertenecer al ejército tiene influencia sobre las opiniones de sus miembros. Pero podemos preguntarnos si la inculcación de valores no se logra exclusivamente cerca de los sujetos predispuestos, por una u otra razón a aceptarlos. Sugerimos que durante sus primeros años de servicio, el militar adquiere el conocimiento del código que rige los valores militares. Aprende las reglas de la vida, las normas y los ritos de la institución. Todo esto, necesita de un aprendizaje incluso por parte de los sujetos más favorablemente dispuestos hacia el sistema de valores institucionales. Puede pensarse igualmente que los pocos dispuestos a aceptar estos valores deben, sin embargo, ellos también enterarse de las normas de la institución, aunque sólo fuere para evitar infringirlas de manera demasiado flagrante.

2.- PROPOSICION PARA UNA PROBLEMATICA

1.- El sistema simbólico de la institución militar

Que se nos permita ahora substituir la expresión de sistema de valores por la de "sistema simbólico" que concuerda mejor con la problemática que presentaremos brevemente aquí. Por sistema simbólico entenderemos no sólo el sistema de valores militares en su estricto sentido, sino también el conjunto de elementos institucionales que van unidos al sistema de valores. Puede tratarse de objetos, como por ejemplo la bandera o el uniforme, de reglas escritas o no escritas, de prácticas,

(20) Contrariamente a lo que escribe el autor, el ingreso en ciertas de estas escuelas implica el compromiso de servir en el ejército como Oficial o Suboficial, después de los estudios.

etc. En resumen, se trata de un conjunto de elementos que no son valores en el sentido comúnmente admitido de esta palabra, que incluso no son necesariamente valorizados en todas circunstancias, pero que son susceptibles en ciertos contextos de ser considerados como símbolos valorizados y de formar sistema. Conviene señalar que el sistema simbólico no depende sólo de la razón justificadora que tiene toda institución. Se puede admitir que cualquiera de ellas trata de establecer su impronta sobre sus miembros imponiéndoles un conjunto de normas, cuya justificación implica la referencia a un sistema simbólico. Sin embargo, las diferentes instituciones disponen de medios eficaces muy desiguales para dar vigor a sus normas. Desde esta perspectiva, el ejército, es sin duda uno de los más favorecidos, puesto que su función le permite exigir a sus miembros anteponer el interés superior de la defensa al suyo propio. Este poder del ejército sobre sus miembros está reconocido y fortalecido por las reglas jurídicas que afirman con vigor el principio de autoridad jerárquica y limitan considerablemente las posibilidades de discutir las decisiones superiores. El sistema simbólico no consiste solamente en los valores particulares que compartirían los militares profesionales. Este es un elemento importante del funcionamiento mismo de la institución (21).

(21) Así el sistema simbólico no es ni el conjunto de las opiniones que todos los miembros de la institución tienen en común, ni el conjunto de opiniones mayoritarias, ni siquiera la opinión media. Es el conjunto de opiniones que la institución exige de sus miembros. Lo que no significa de ningún modo que ésta consiga imponerla a la totalidad ni incluso a la mayoría de ellos. Tomar en serio el concepto sociológico de norma, es asociarle el de sanción. En lo ideal, un estudio del sistema simbólico militar debería realizarse por medio de una encuesta etnográfica. De esta forma nos daríamos cuenta qué comportamientos o qué propósitos son observables en diversas situaciones (oficiales, oficiosas o privadas, de servicio o fuera de servicio, etc.) y qué sanciones positivas o negativas, formales o informales están asociadas a ellas. Un oficial del ejército del aire, puede, por ejemplo, confiar a un investigador que su única razón de haber entrado en el ejército era su interés por el pilotaje de un avión. En cambio estaría mal visto que hiciese ostentación de su falta de vocación durante una recepción oficial.

Oficialmente las reglas y las normas que rigen la vida militar tienen por único objetivo contribuir a la eficacia operativa del ejército en caso de conflicto. El sistema simbólico actual es la herencia de la época de los ejércitos de masas, en los que la parte de la técnica era escasa y en los que la mayor parte del personal militar estaba dedicada a los puestos combatientes. En estos tipos de ejércitos, de los que la guerra de 1914-18 ofrece el mejor ejemplo, se hace hincapié, sobre todo, en las cualidades exigidas al combatiente, que debe estar dispuesto hasta llegar al sacrificio de su vida. Esta exigencia presenta dos aspectos: por un lado, se exalta el valor, el heroísmo, el honor y la abnegación; por otro, se insiste sobre la autoridad, la disciplina y la obediencia. Dicho de otra manera, al mismo tiempo que se justifican las obligaciones impuestas a los militares, el sistema simbólico propone del militar la imagen de un hombre al que no hay necesidad de someterle a ninguna coacción, ya que su vocación es la de darse totalmente a su país. La síntesis de los dos principios contradictorios de autoridad y don de sí mismo se realiza en la exaltación de las cualidades morales del hombre. Estas garantizan que los militares estarán dispuestos a aceptar los sacrificios que se les pidan y tendrán la fuerza moral necesaria para el cumplimiento de su deber. La definición del buen militar viene a ser la de la excelencia humana en el campo moral y espiritual (22).

¿Este sistema simbólico responde efectivamente a la función que la institución espera oficialmente de él...? ¿El ejército se ve ría desprovisto de su eficacia si su organización se acercase más al mo

(22) Una ilustración de lo que acabamos de decir, la podemos encontrar en el Libro Blanco de defensa francés, en el apartado que trata de las exigencias morales. En él, abundan las referencias a las "virtudes tanto más raras", a la "grandeza moral", a una "concepción muy elevada, más allá de la moral cotidiana". "La resistencia física y moral, el valor, la obediencia a la orden recibida, la abnegación a una causa que le supera han sido siempre las virtudes del combatiente (...). Dichas virtudes, llevadas a un tal nivel de exigencias, no surgen por azar el día de la prueba. Presuponen en el individuo, sólidas cualidades humanas que son precisamente requeridas a los militares desde tiempo de paz: el carácter aliado al dominio de sí mismo, el sentido de las responsabilidades y de la iniciativa combinado con el de la obediencia, y en fin, el desinterés", "Libro Blanco de la defensa nacional. París. Imprenta Cedocar, 1973).

delo de una empresa civil...? . Estas cuestiones merecen un planteamiento aun cuando no se trate aquí de responder a ellas. Señalaremos simplemente que los estudios relativos al ejército en el combate "olvidan" este tipo de interrogación y hacen hincapié principalmente sobre la calidad de las relaciones interpersonales en el interior de los grupos primarios. En todo caso el sistema simbólico nos parece también que tiene otras funciones dependientes de la investigación sociológica. De ellas, distinguiremos tres.

1) Justificar la utilidad del papel del ejército en tiempo de paz

Uno de los grandes problemas de la institución militar, y que le da su singularidad, es que representa una movilización de medios en previsión de un hecho excepcional que no se espera se produzca. Según el adagio "Si vis pacem, para bellum", la misión del ejército consiste en preparar lo que su misma existencia está supuesta a impedir. Perfectamente aceptable desde el punto de vista de la pura lógica, esta situación es verdaderamente defraudante desde una perspectiva psicológica si ésta implica el sentimiento de inutilidad. A este respecto el sistema simbólico contribuye a dar a los cuadros militares el sentimiento de su utilidad en la medida que les permite vivir la afirmación de los valores militares como un medio de formación de hombres. La actividad militar cotidiana, el respeto de las reglas y de lo ritual pueden ser percibidas así como parte integrante de la formación de los futuros combatientes. Esto es particularmente cierto en los países que han conservado el servicio militar obligatorio. Se puede incluso suponer que el sentimiento de utilidad que el sistema de reclutamiento procura al ejército es una de las razones de la adhesión del ejército a este sistema.

2) Dar una identidad social a los militares profesionales

Nuestra hipótesis, sin embargo, es que el sistema simbólico procura a los militares una satisfacción de orden ideológico, más aún que un sentimiento de utilidad de tipo instrumental. Este les permite vivir la pertenencia al ejército como la aplicación de valores a sus ojos fundamentales.

Entonces se plantea el paso del nivel de los valores militares al de la ideología política. A la fórmula según la cual existiría afinidad entre el sistema simbólico militar y la ideología conservadora, preferimos aquélla de que el sistema simbólico está impregnado de esta ideología. En esta perspectiva, para las necesidades del análisis se pueden

distinguir tres tiempos en el proceso de acercamiento del sistema de valores militares y la ideología conservadora. Primer tiempo: dentro del contexto político que conocen las sociedades occidentales, la profesión militar atrae a los sujetos conservadores. Segundo: los sujetos conservadores, numerosos en el ejército, impregnan el sistema simbólico de la institución de su ideología conservadora. En fin, este sistema, ideológicamente marcado, refuerza la atracción que el ejército ejerce sobre los sujetos conservadores. Se trata aquí, bien entendido, de una distinción puramente lógica entre tres etapas que en la realidad se confunden (23).

Los militares conservadores pueden por lo tanto retirar de la pertenencia al ejército el sentimiento que pone en práctica los principios correspondientes a su sistema de representación y de creencias, y ésto legítimamente, puesto que el sistema simbólico militar se supone responde a las sóloas exigencias de una defensa nacional eficaz. La coherencia de su identidad social está así asegurada: no hay censura en su función profesional entre el nivel de las prácticas cotidianas y el de sus opciones ideológicas.

-
- (23) El estudio de la interpretación del sistema simbólico militar y de la ideología conservadora merecería amplios desarrollos. No daremos aquí más que un ejemplo relativo a Francia, ejemplo altamente significativo, ya que se trata de un texto escrito por el Jefe de Estado Mayor de los tres Ejércitos: "Una sociedad, como cualquier sistema viviente, tiene necesidad para asegurar su crecimiento y favorecer su evolución, de factores complementarios, "anticuerpos". El hecho de que la crisis de civilización que atravesamos se traduce por un abandono casi general de los valores antiguos, por una explosión de libertad donde todo está permitido, en la que toda obligación es rechazada y necesita en contrapartida el mantenimiento de una estructura tradicional en el país (...). En la medida en que seamos capaces de hacer comprender, en particular a los jóvenes, la profunda significación de estos valores, el papel del ejército tomará una dimensión nueva y ya no podrá estar ligado a la sóloa existencia de una amenaza militar caracterizada". (General MAURIN, "Necesidad y perennidad de la defensa" Revista "Defense Nationale", Julio 1973.

3) Asegurar la autoridad del ejército sobre sus miembros

En nombre de imperativos de la defensa nacional, las libertades individuales de los militares conocen importantes restricciones en numerosos países. En particular, el derecho del personal a defender sus intereses por medio de la constitución de sindicatos, no está reconocido, salvo excepciones. Los principios de disponibilidad y disciplina justifican y refuerzan las normas jurídicas que aseguran el dominio de la institución sobre sus miembros. La institución militar tiene por eso un interés objetivo en el mantenimiento de su sistema simbólico.

2.- Las condiciones de la adhesión al sistema simbólico de la institución

El análisis de la función justificadora que cumple el sistema simbólico no es igualmente válido para todas las categorías del personal militar. Este se aplica principalmente a los oficiales. Sin embargo, parece que en la sociedad y en el ejército actual el sistema simbólico cumple más difícilmente esta función que durante el pasado. En el contexto social de antaño, el sistema simbólico militar jugaba fácilmente su papel de justificación ideológica y moral del estatuto social del oficial. Ahora bien, todos los estudios recientes sobre la posición de los oficiales en la jerarquía socio-profesional subrayan la disminución de su prestigio y el descenso del nivel social de su reclutamiento. El origen aristocrático que alcanza el tercio o la mitad del cuerpo de oficiales en los países europeos, es actualmente un fenómeno residual. Al mismo tiempo la composición socio-profesional de la población se ha modificado considerablemente con el incremento de numerosas categorías profesionales a quien su cualificación asegura una posición elevada dentro de la jerarquía del prestigio. Esquematizando se podría decir que en la sociedad de principios del siglo veinte, donde la distancia entre los grupos era más señalada que en nuestros días, el oficial formaba parte de la élite social. En la actualidad no es más que un cuadro de mando entre otros, y no forma parte de esos cuyo triunfo es el más envidiable. Por otra parte, los valores actuales en la sociedad global han evolucionado considerablemente, ellos también, y se han ido alejando de aquéllos que tienen por honor el ejército. Asimismo el sistema simbólico militar ha perdido su función de justificación de un estado social. Como lo demuestran los análisis de Janowitz y de Feld (24), la razón militar tiende por compensación a acentuar la justificación ideológica del papel de defensa atribuido al ejército. Parece como si asistiéramos a un repliegue de la institución militar sobre sí misma y que se manifiesta en particular, por un incremento del auto-reclutamiento de los oficiales (25).

Otro factor de inadaptación del sistema simbólico en el ejército actual radica en la parte tan importante que ocupan las funciones técnicas. Esto se refiere en cierta medida a los oficiales y sobre todo a un gran número de suboficiales. Un sistema simbólico centrado sobre las cualidades requeridas del combatiente no se adapta bien al personal cuya primera cualidad debe ser la competencia para realizar la labor técnica que se le confía. Esta contradicción la encontramos en la razón militar a todos los niveles jerárquicos. Al nivel más elevado se antepone "el hombre" a la "técnica" o al "material": "sean cuales fueren las cualidades técnicas de los materiales, no valdrán nunca lo que valen los hombres, a los que están confiados" (26). Así la institución mantiene los elementos esenciales de su sistema simbólico y continúa exigiendo a sus miembros que reconozcan la legitimidad de dicho sistema. Pero esta norma está muy lejos de ser respetada unánimamente por el personal militar. Entre los suboficiales que hemos estudiado, la oposición "militar-técnico" es reconocida y vivida como tal. Si unos se dicen, en primer lugar militares, otros se dicen primeramente, o mejor dicho, únicamente, técnicos (27).

La adhesión a los valores militares depende, sin duda, de la naturaleza de las funciones ocupadas, según que éstas sean específicamente militares o por el contrario técnicas. Pero hay que constatar que las diferencias de funciones afectan con frecuencia a estrategias profesionales diferentes, ellas mismas asociadas a niveles escolares y a grados de calificación diversos. Todos los ejércitos occidentales han de hacer frente a la competencia que representa para su personal el sector ci

(24) M. FELD, "Professionalism, and the alienation of the military" in J. VAN DOORN, (edit). Armed forces and society.

(25) Esta tendencia al incremento del auto-reclutamiento parece testificada en Francia (M. MARTIN). Lo es igualmente en los Estados Unidos a partir del final de la guerra del Viet-Nam (M. JANOWITZ) "The U. S. Force and the zero draft" en Military conflict, Beverly Hills, London 1975.

(26) Libro Blanco sobre la defensa nacional ya citado.

(27) E. SCWEISGUTH, "Las actitudes hacia la profesión militar en los Suboficiales del Ejército del Aire" Revista francesa de Sociología, 16. 1975.

vil. Una importante proporción de militares, suboficiales e incluso oficiales, dejan el ejército después de algunos años de servicio aportando al mercado civil el trabajo y la cualificación adquirida durante su estancia en el ejército. El estudio de los suboficiales del ejército del aire francés ha demostrado que, en un grupo de sujetos, todos destinados en funciones técnicas, los más cualificados y por consiguiente los más aptos para reintegrarse ventajosamente en el sector civil, manifiestan "el espíritu militar más débil (28). La relación negativa entre el nivel escolar y la adhesión a los valores militares, es de una gran generalidad. Esto se observa tanto entre los candidatos a Saint (29), como en los militares no oficiales americanos. Los jóvenes civiles americanos que tienen las actitudes más favorables para el ejército, son aquéllos cuyo nivel escolar es de los más flojos (30), y los estudiantes suecos que se hacen oficiales, han obtenido unas notas universitarias inferiores a la media (31).

El ejército se ve sometido por parte de la sociedad civil a una presión a la vez económica e ideológica. A igual cualificación, el sector civil ofrece muchas veces carreras más remuneradoras, y numerosos jóvenes no entran en el ejército o lo dejan, ya que no aceptan sus normas. Se puede prever, con Moskos (32) una evolución divergente de los

(28) E. SCHEISGUTH, artículo citado.

(29) Coronel CHANDESSAIS, "Actitudes y motivaciones de los candidatos a las grandes Escuelas Militares" Revista francesa de sociología, 2 (2) Abril-Junio 1961, número especial "Guerra, Ejército y Sociedad".

(30) G. BACHMAN y J. BLAIR, "Citizen force or career force". Armed forces and society, 2 (1) fall 1975.

(31) B. ABRAMSSON, ya citado.

(32) C. MOSKOS, "The emergent military" Pacific sociological review, 1973.

distintos sectores: en el ejército el sector técnico-administrativo evolucionará hacia un modelo de organización y funcionamiento parecido al de las instituciones civiles, mientras que el sector combatiente seguirá siendo específicamente militar. Ahora bien, nosotros quisiéramos, para terminar, sugerir una hipótesis válida para la institución militar en su conjunto. Es verosímil que continuaremos asistiendo a una evolución hacia un estilo de vida militar menos cerrado. Tal vez ciertas reformas que no hace mucho parecían imposibles se harán realidad, por ejemplo, el sindicalismo del personal profesional. Es posible que el vigor de las normas se debilite y que el sistema simbólico, sufra ciertas transformaciones. Mas, en todo caso, persistirá, creemos, un rasgo esencial del sistema simbólico: una nítida diferenciación con los sistemas simbólicos de la sociedad civil. La función justificadora que cumple el sistema simbólico se juega, en efecto, a nuestro parecer, precisamente a nivel de los símbolos y no a nivel de las realidades. Así podemos concebir que, bajo la presión de la sociedad civil, el ejército conoce una evolución hacia formas de organización y funcionamiento cada vez más liberales sin que por ello desaparezca la oposición ideológica entre el mundo civil y el militar.
